

63. La realidad que hemos descrito al hablar de nuestro contexto puede resultar una quimera imposible. No vamos a cambiar el mundo. Ya lo sabemos. Por eso tampoco hemos de «pretender grandezas que superen nuestra capacidad» (Sal 131[130],1). La misión es de Dios. Él sabe cómo abrirse caminos en la historia, incluso a pesar de nosotros. A veces, el desaliento y la frustración que nos roban el corazón y la Esperanza se deben a que creemos más en nuestra capacidad que en la fuerza de Dios. Se apodera de nosotros la «secularización» cuando nos creemos los protagonistas en esta historia. Y no lo somos. El protagonista es Él. Él es siempre el más interesado en llevar sus planes adelante. Con humildad, seamos colaboradores de Dios (1Cor 3,6) con lo nuestro, con lo poco o mucho que podemos, sabiendo que Él es el que actúa, a su manera, contando con nuestras pequeñas fuerzas. A nosotros nos sostiene la Esperanza que nos ayuda a ver las cosas con otra mirada y otra confianza. Decía el fundador de mi congregación, san Antonio María Claret, que a una persona inflamada del Amor divino, «nada le arredra»³⁵. Francisco también nos alienta y nos dice con fuerza: «Los desafíos son para superarlos. Seamos realistas, pero sin perder la alegría, la audacia y la entrega esperanzada. ¡No nos dejemos robar la fuerza misionera»³⁶. El Señor nos dará luz y fuerza para las respuestas que necesitamos y activará en nosotros una dinámica nueva de creatividad y fidelidad.
64. Hemos hecho un trabajo primero de escucha. Hemos querido escrutar los signos de los tiempos y escuchar lo que Dios nos sugiere. Nos hemos acercado a la realidad y hemos visto cuál es nuestro contexto, el lugar en el que estamos llamados a dar una respuesta. Sin duda, hemos realizado un ejercicio de realismo, queriendo auscultar la vitalidad y lo que somos como comunidad cristiana en Gipuzkoa. Esta imagen inicial nos invita a avanzar en el discernimiento. Tenemos que preguntarnos: ¿Qué nos dice el Señor en todo esto? ¿A qué nos llama como comunidad cristiana? ¿Cómo responder mejor a nuestra vocación como Iglesia? A partir de los próximos meses, iremos aclarándonos más y más. Algunos hermanos y hermanas nuestras tomarán esa responsabilidad en cada zona para acompañar el proceso. El discernimiento y la futura toma de decisiones va a llevar su tiempo. El *Jubileo* supondrá para nosotros un tiempo de gracia en este sentido. Durante este próximo año, la Palabra de Dios y la Esperanza nos animarán en el camino y nos acompañarán. No hay prisa. Lo importante es estar en camino, en sana tensión para responder siempre lo más adecuadamente posible y, sobre todo, en comunión. Os ofrezco a continuación algunas orientaciones en este sentido, enmarcadas en la llamada constante a la renovación a la que nos invita la Iglesia. Así mismo, os comparo algunas cuestiones que considero pueden ayudarnos a caminar, formuladas en forma de procesos y de sueños posibles para nuestra acción evangelizadora en Gipuzkoa.

III. CONVERSIÓN PASTORAL Y MISIONERA

65. El papa Francisco ha querido que toda la Iglesia se ponga en estado de misión y se sienta llamada a una «conversión pastoral y misione-

ra»³⁷. Esta llamada pretende ayudar a la Iglesia a no dejar dormir la siempre necesaria renovación y reforma a la que está llamada la comunidad cristiana para seguir cumpliendo su misión evangelizadora. La renovación no es un fin en sí misma, sino «un medio constante para dar

35 San Antonio María Claret, «Definición del misionero», Aut. 494. en: *Autobiografía y escritos complementarios*, Editorial Claretiana, Buenos Aires 2008, 351.

36 Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013), n.109.

37 Cf. Francisco, *ibid.*, n. 30.

siempre un fuerte testimonio cristiano, para favorecer una evangelización más eficaz en cada tiempo, para proponer un espíritu de comunión más fecundo y alentar un diálogo más constructivo con todos»³⁸. Acogemos esta llamada, por tanto, como un estímulo para cuidar y fortalecer la fe de las personas y las comunidades cristianas de Gipuzkoa, en vistas a seguir anunciando el Evangelio.

1. La clave de la renovación

66. En el encuentro diocesano que tuvimos el curso pasado, en el mes de febrero, en el colegio Al-dapeta María Ikastetxea en San Sebastián, hablé a los presentes de la necesidad de la renovación constante de la Iglesia. Señalé cómo hay dos palabras que captan inmediatamente la atención de cualquiera. Una es la palabra «gratis», otra, la palabra «nuevo». Hablar de lo nuevo nos resulta atractivo. En nuestro caso, cuando hablamos de renovación, hablamos de un volver a hacer nuevas las cosas y esto nos motiva. Quedarse parados, como al borde del camino, no es lo nuestro. Nosotros somos peregrinos. Somos caminantes. Sentimos los grandes desafíos que el mundo nos plantea y, aun desde nuestra debilidad, queremos responder. Es el Espíritu Santo el que nos mueve, quien sopla su aliento sobre nosotros siempre, a pesar de los límites, las dificultades y las circunstancias complicadas que podamos experimentar. Cuando hablamos de renovación hablamos de un camino que queremos hacer, impulsados por Él, que es, en definitiva, quien guía la historia. Caminamos, pues, en Esperanza y en confianza.
67. El concilio Vaticano II nos marcó claramente el camino del *aggiornamento* (actualización) y de la renovación desde dos claves fundamentales: la vuelta a los orígenes y la adaptación a las cambiantes condiciones de los tiempos³⁹. Nos recordó algo que debe estar presente en todos nosotros de manera comunitaria y personal: «toda la renovación de la Iglesia consiste esencialmente

en el aumento de la fidelidad a su vocación»⁴⁰. Cuando hablamos de *Ecclesia semper reformanda*⁴¹ (Iglesia que se reforma constantemente) nos referimos a que la Iglesia debe ser siempre reconducida a su forma propia. Por eso, sólo en la medida en que seamos fieles a nuestra vocación como cristianos y como Iglesia, estaremos en la verdadera y auténtica línea de renovación para afrontar la misión a la cual somos llamados hoy. La fidelidad, por tanto, pasa por una vuelta al Evangelio y a la Tradición para poder seguir siendo lo que hemos de ser: una Iglesia que encuentra su vocación, su razón de ser y su identidad más profunda en el anuncio de la Buena Noticia⁴². Se trata de una «fidelidad creativa» en vistas a la misión.

68. Respecto a la adaptación a las condiciones cambiantes de los tiempos, también comenté en aquel encuentro que no se trata de sucumbir o plegarse a las últimas modas, a las corrientes imperantes contemporáneas o a lo «políticamente correcto». No se trata de una «mundanización» en el mal sentido de la palabra. Se trata, sin embargo, de hacer una lectura creyente de la realidad y, desde el discernimiento compartido con la Iglesia, a la luz del Evangelio, dar respuesta a la voluntad de Dios en el momento que nos toca vivir. Se trata de dejarnos interpelar por nuestro mundo y nuestro tiempo sin dejar de ser fieles al Señor de la historia y a la sólida tradición eclesial. No se trata de construir *otra Iglesia* alternativa, sino de hacer de nuestra *Iglesia otra*, distinta⁴³.
69. Toda renovación y reforma será real y posible si brota, antes que nada, de una reforma interior. Por tanto, la renovación auténtica ha de pasar por el corazón de las personas. Sin un cambio de mentalidad y del corazón, sin una real conversión, el esfuerzo funcional corre el riesgo de resultar inútil o quedarse en lo epidérmico. Esta es, pues, la clave: las reformas en las estructuras

38 Francisco, *Saludo dirigido a los cardenales reunidos para el Consistorio*, 12 de febrero de 2015.

39 Concilio Vaticano II, Decreto *Perfectae caritatis*, n. 2.

40 Concilio Vaticano II, Decreto *Unitatis redintegratio*, n. 6.

41 Cf. Francisco, *Discurso a la Curia Romana*, 21 de diciembre de 2015.

42 Cf. San Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (1975), n. 14.

43 Cf. Yves Marie-Joseph Congar, *Verdadera y falsa reforma en la Iglesia*, Sígueme, Salamanca 2014, 213 (orig. francés, 1950).

y en lo organizativo son necesarias de cara a la misión, sin duda, pero lo verdaderamente importante es la renovación de la mente y del corazón de cada uno. Solo una renovación personal, en compañía de los demás, y en comunión con la Iglesia, hará posible todo lo demás.

2. Procesos de renovación

70. La comunidad cristiana está llamada a afrontar el desafío de la presencia y la vivencia de la fe en medio de una cultura en la que nos resulta cada vez más difícil. En un contexto de minoridad, el camino del Evangelio no parece ser el de la batalla frontal y de la polarización, sino el de la humilde contribución de aquellos y aquellas que, como la sal, van dando sabor discretamente; o como la luz, que brilla en medio de la noche como un referente para no perderse. Lo nuestro es una propuesta, una invitación. Dice el papa Francisco, siguiendo a Benedicto XVI, que «los cristianos tienen el deber de anunciar el Evangelio sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable»⁴⁴ y añade que más que por proselitismo, se trata de un crecimiento «por atracción»⁴⁵. El cristiano de hoy ha de ser alguien de contraste más que de combate. La paciencia, el testimonio de Esperanza y gratuidad, el servicio y la generosidad con los más débiles hacen de nuestras vidas algo atractivo. Cuando nuestra vida cristiana sostiene lo que dicen nuestras palabras nos hacemos verdaderamente creíbles.
71. Esta misma dinámica la podemos aplicar a los procesos en la Iglesia. Como los buenos guisos, se cocinan mejor a fuego lento. Solo los procesos tranquilos, pacientes, humildes, pero con firmes fundamentos, son los que garantizan cristianos-testigos capaces de generar vida allá donde van. Las cosas sólidas no se construyen desde la ansiedad cortoplacista. Cualquier renovación de un edificio, una empresa o una asociación de

personas no se logra de la noche a la mañana. Requiere paciencia en el tiempo y claridad en la meta a la que se quiere llegar. En general, la dinámica de la siembra del Evangelio opera así.

72. En nuestra Iglesia de Gipuzkoa se nos hace necesario tomar nueva conciencia de algunos procesos que tenemos que seguir consolidando, fortaleciendo y acompañando. Son procesos permanentes. Ya están en activo, evidentemente, pero hemos de profundizar más sobre ellos y orientarlos bien. Más que acciones puntuales, quisiera ofreceros algunos criterios de fondo. Las actividades ya se concretarán en los planes pastorales diocesanos o parroquiales. Permittedme proponeros en concreto cuatro procesos que me parecen importantes en este momento: el cultivo de la experiencia creyente (espiritualidad), la transmisión de la fe, la sinodalidad y la reorganización territorial en vistas a la misión y a un fortalecimiento de la comunidad eclesial.

2.1 Cultivar la experiencia creyente (espiritualidad)

73. Nuestra renovación más importante, como ya hemos indicado, pasa por la «sala de máquinas» de nuestro corazón y de nuestra relación constante con Dios. Lo primero es lo primero. Sin duda es responsabilidad primordial de cada uno volver una y otra vez a la fuente, pero también es una tarea que la comunidad cristiana ha de sostener y acompañar. Cultivar la experiencia de la fe es un proceso en marcha y siempre permanente que hoy hemos de renovar y activar más en nuestra vida personal y en la vida de nuestros grupos y comunidades. Decía el teólogo jesuita K. Rahner que «el cristiano del s. XXI, será un místico o no será (cristiano)»⁴⁶. En esta profética expresión se recoge la misma idea: la fe es la dimensión que mueve todo lo demás en la vida del creyente y en la vida de la Iglesia. Bien sabemos que sin ella el edificio se desmorona. Benedicto XVI nos lo advertía así: «Solo quien tiene una relación íntima con el Señor puede llevárselo a

⁴⁴ Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013), n. 14.

⁴⁵ Benedicto XVI, *Homilía en la Eucaristía de inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en el Santuario de «La Aparecida»*, 13 de mayo de 2007.

⁴⁶ Karl Rahner, «Espiritualidad antigua y actual», en *Escritos de Teología VII*, Taurus, Madrid 1969, 13-34 (aquí, 25).

los demás»⁴⁷. Francisco nos ha recordado que la Iglesia necesita el pulmón de la oración, pues sin ella «toda acción corre el riesgo de quedarse vacía, y el anuncio, sin alma»⁴⁸.

Tiempos recios

74. Vivimos tiempos en los que nos preocupa la crisis de sentido. Son tiempos recios para la vida de los creyentes. Ya lo hemos dicho al hablar de nuestro ambiente cultural en el que parece que hemos abandonado a aquel Dios que daba sentido a todo. A pesar de la fuerte secularización, se mantiene en nosotros y en muchos de nuestros contemporáneos como una nostalgia, un deseo de mayor sentido, una resistencia a reducir la vida humana a «producir y consumir». Volvemos a valorar la importancia de cultivar esta dimensión de sentido y espiritualidad en nuestra vida. La prisa, la falta de sosiego, los muchos estímulos nos tienen a todos como inmersos en un torbellino. Pareciera que no queda lugar para ese necesario silencio interior que nos pueda ayudar a encontrarnos con nosotros mismos, con los demás y, por supuesto, con Dios. A nada que nos descuidemos nos podemos ver envueltos en este bullicio de la vida que nos descentra. Aquellas palabras de san Anselmo, resultan para nosotros hoy una nueva invitación: «Entra en lo íntimo de tu mente, saca todo, menos a Dios, cierra la puerta y búscalo. Dile: Señor, enseña a mi corazón dónde y cómo puedo buscarte, dónde y cómo puedo encontrarte»⁴⁹.

Amigos fuertes de Dios

75. Cultivar la fe, cuidarla y transmitirla es un gran desafío para todos nosotros. «En tiempos recios, amigos fuertes de Dios»⁵⁰, decía Santa Teresa de Jesús. Sí, hoy más que nunca, necesitamos ser amigos fuertes de Dios para afrontar la vida con confianza, mantener la fe y transmitirla. No es que sea más difícil hoy que ayer, sino que estamos en un momento social y cultural bien dis-

tinto, en el que la fuerza de arrastre del ambiente es tan grande que necesitamos cultivar esta relación estrecha con el Señor. La fe de los cristianos de Gipuzkoa ha de seguir purificándose y pasando de ser una fe simplemente heredada a ser más personal, más cultivada, más comprometida, si cabe, pues, como hemos visto, esta ya no se apoya en una convicción de todos, ni en un ambiente religioso generalizado.

76. Ser «amigos fuertes de Dios» es lo mismo que ser «místicos» o «espirituales». Pero entendámonlo bien. Ser espiritual no significa estar en otro mundo, «en el mundo del espíritu», ajeno a la vida y a las cosas. El místico no es aquella persona que no disfruta de la vida, una persona rara, con visiones o revelaciones especiales, envuelta en un halo especial. La persona «espiritual» es aquella que se deja transformar por el Espíritu Santo y así vive como un «amigo fuerte de Dios». Es aquella que vive conectada a la fuente, que sabe compartir y busca la felicidad de los demás, que sabe descubrir a Cristo en ellos, sin olvidarse de los que más lo necesitan. Ciertamente, al Espíritu Santo se le conoce en los frutos que produce en nosotros: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí (Gál 5,22-23). A las personas «espirituales», a los «amigos fuertes de Dios», lo mismo. Por eso san Pablo llama «carnales» a los que vivían en la envidia o en la discordia (1Cor 3,3). Es el Espíritu Santo, Dios-en-nosotros, quien, cual artista interior, va modelando nuestra vida y haciendo que seamos más «espirituales» y, a la vez, más comprometidos.

Algunos dinamismos para cultivar la fe

77. Esta amistad con Dios, que nos une estrechamente a Él, es fuente de alegría para nosotros y para los que nos rodean. Estamos llamados a cultivarla, a fortalecer en nosotros esos «móviles interiores que impulsan, motivan, alientan y dan sentido a la acción personal y comunitaria»⁵¹. Hoy, necesitamos un nuevo compromiso en nuestra vida personal y comunitaria para activar más esos dinamismos que nos ayudan a

47 Benedicto XVI, *Homilía con ocasión de las ordenaciones sacerdotales de la diócesis de Roma*, 20 de junio de 2010.

48 Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013), n. 259.

49 San Anselmo, *Prologion* 1.

50 Santa Teresa de Jesús, *Libro de la vida*, 15, 5.

51 Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013), n. 261.

fortalecer nuestra vida de fe. Por eso deseo invitar vivamente a todos los diocesanos a vivir con intensidad el doble *Jubileo* en este *Año Santo* peculiar de nuestra diócesis de San Sebastián y a fortalecer todo aquello que nos ayude a crecer en la vida de fe: la escucha de la Palabra, en la que aprendemos a confiar en el Dios fiel y a buscar su voluntad; la vida de oración, personal y comunitaria, gracias a la cual crecemos en la relación y en la amistad estrecha con «Aquel que sabemos que nos ama»⁵²; la participación asidua en los sacramentos, particularmente en la Reconciliación y en la Eucaristía, que es centro y culmen de la vida cristiana y se prolonga en la adoración del Santísimo; y el compromiso y cercanía real con los más débiles y vulnerables, lugar donde ponemos a prueba y se confirma la verdad y la autenticidad de nuestra vida cristiana.

2.2 La transmisión de la fe

78. La transmisión de la fe es, sin duda, el desafío permanente de la comunidad cristiana. Hoy aparece ante nosotros como algo crucial en medio de esta sociedad tan marcada por la secularización. Se trata de pasar el testigo de la fe a las siguientes generaciones. Es un trabajo artesano y paciente, pero ha de ser consciente e incisivo. Tomarse en serio la transmisión de la fe para nuestra comunidad cristiana significa hoy impulsar, facilitar y acompañar eclesialmente todo proceso que incida en ello.

Primer anuncio

79. El lugar natural y más importante del primer anuncio se encuentra, sin duda, en la familia. En ella, los padres y madres, también los abuelos –más las abuelas– u otros familiares, son los que en la vida cotidiana transmiten la fe con naturalidad. Así ha sido siempre. En la familia se hace la persona fundamentalmente. También el cristiano. Nuestra sociedad y nuestra Iglesia serán, principalmente, lo que sean hoy nuestras familias. La familia no puede delegar el primer anuncio en nadie, ni en la parroquia, ni en la escuela. Los nuevos creyentes nacen en torno a la mesa, en la vida cotidiana y en torno a las oraciones nocturnas acompañadas por los padres, que iluminan los deseos de los niños

contándoles desde bien pequeños historias que les hablan de Jesús. Enseñarles las oraciones básicas, o llevar con naturalidad a los hijos a las celebraciones de la Iglesia, a las romerías, a los lugares o espacios sagrados (templos, ermitas, santuarios); enseñarles la vida de los santos en sus imágenes, estatuas... va acompañando la fe desde la cuna y a lo largo del desarrollo de los niños. Ese primer anuncio en la familia se verá fortalecido después por la catequesis de iniciación cristiana y, si es el caso, por la escuela. Hemos de buscar con creatividad cómo acompañar a las jóvenes familias en este empeño por la educación de la fe de los hijos y buscar que las familias jóvenes compartan en pequeñas comunidades esta experiencia, de forma que su amistad, su reflexión compartida y las relaciones entre familias similares puedan ofrecerles lo que necesitan y sostenerles en el empeño. «Los discípulos misioneros, acompañan a los discípulos misioneros»⁵³. Este acompañamiento se hace hoy muy necesario.

80. Por otro lado, el propio testimonio de los cristianos se convierte también en primer anuncio, cuando las personas alejadas de la fe descubren en esos testigos razones para orientar su vida desde la fe. Todos somos, en este sentido, misioneros. Nuestra vida está llamada a ser sal y luz, un fermento en medio de nuestra sociedad. Recordemos que «fray ejemplo» es siempre el mejor predicador y catequista. Las palabras no siempre convencen; el testimonio, sin embargo, arrastra.

Nuevos métodos

81. Pero hablar de primer anuncio también es hablar de todo ese significativo número de personas a las que la fe y la persona de Jesucristo les resultan completamente ajenas, o casi ajenas. Renovarnos hoy y ser una «Iglesia en salida» significa también estar abiertos, facilitar y acompañar eclesialmente a esos llamados «nuevos métodos» de primer anuncio, conocidos también como métodos «de impacto». Estos métodos están sirviendo a muchos para una renovación en la fe, o incluso, en algunos casos, para una conversión o nuevo acceso a la fe. Estos métodos son muy directos y en ocasio-

52 Santa Teresa de Jesús, *Libro de la vida*, 8, 5.

53 Francisco, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013), n. 173.

Lugares de vida

96. Lo que es evidente es que nuestras comunidades cristianas han de soñar siempre con ser lugares de vida, fe, celebración gozosa y digna, servicio, discernimiento, escucha y participación y, sobre todo, de convocatoria y evangelización. Debemos aprovechar las habilidades y talentos de las diferentes personas, enriquecernos de la variedad de dones y carismas. En las parroquias ha de haber vida real. Han de ser lugares donde, más allá de lo territorial, haya riqueza y vitalidad comunitaria en la que cada cual encuentre su lugar y su pertenencia. El Espíritu Santo irá indicándonos sus mejores caminos.
97. A lo largo de los próximos meses vamos a seguir profundizando en el análisis emprendido con las comunidades y procuraremos formar equipos iniciales de personas comprometidas en

nuestras parroquias y zonas (sacerdotes, diáconos, religiosos/as y laicos/as) que comiencen a llevar adelante con las comunidades, por parroquias, zonas o unidades pastorales un proceso de discernimiento activo y sosegado, pero concluyente, que nos lleve a reorganizar mejor la vida de nuestras comunidades, a priorizar lugares y servicios eclesiales, a racionalizar mejor las celebraciones litúrgicas y a aunar los lugares en donde realizar mejor los procesos catequéticos y de cultivo de la espiritualidad. Igualmente, el discernimiento tiene que ayudar a organizar y gestionar de la mejor manera posible el patrimonio y los bienes, para que se pongan adecuadamente al servicio de la misión y ayuden a sostener la vida de las comunidades. Será necesario contar para ello con ayuda de profesionales (tal vez voluntarios jubilados) competentes en cuestiones de economía que puedan dedicar su tiempo a ello.

IV. SUEÑOS POSIBLES

98. Quisiera compartir ahora con toda la comunidad cristiana de Gipuzkoa algunos sueños posibles en los que considero que hemos de incidir en la vida de nuestra diócesis, a la vez que vamos caminando en este proceso de renovación y reforma permanente. Aunque no son novedosos, puede que algunos sean ambiciosos. Son cosas que ya podemos hacer en un plazo no muy largo. De hecho, algunas ya se están haciendo; otras, están en fases iniciales. Son cuestiones que me gustaría soñar con vosotros e impulsar un poco más, si cabe, en nuestra diócesis en un próximo futuro. Soñar juntos es un ejercicio de reflexión en alto que pretende ser estimulante y provocar nuestro compromiso. Os pediría que cada cual, a su nivel y en su responsabilidad, ponga de su parte lo que le corresponda, con realismo y Esperanza.

1. Cultivar nuestra espiritualidad

99. Fortalecer nuestra vida de fe, nuestra espiritualidad es, como ya hemos señalado, algo primor-

dial. Sueño con que cada cristiano de Gipuzkoa –sea joven o mayor– pudiera leer el Evangelio de la liturgia de cada jornada e hiciera un pequeño momento de oración centrado en la Palabra de Dios (hay libros y aplicaciones para los dispositivos móviles que se pueden utilizar). Quisiera imaginarme también en cada hogar un «rincón de la oración» (icono-imagen, crucifijo, una virgencita, Biblia, vela...) donde cada miembro de la familia pudiera orar o reunirse juntos alguna vez delante y hacer una pequeña plegaria. Y pensando en nuestras parroquias y en nuestros grupos: ¿sería mucho soñar que cada parroquia, más allá de la celebración de la Eucaristía, tuviera un día cada cierto tiempo dedicado a la oración comunitaria por las necesidades de la Iglesia y del mundo, por las vocaciones?

100. Sueño con que todos los jóvenes puedan reservar dos fines de semana durante el curso (Adviento-Cuaresma) con el fin de retirarse, «parar para estar con el Señor» y organizar con ellos estos